
RESEÑA

HOUGHTON, TERESA (Presentación y compilación) *La Ilustración en Colombia* Bogotá: Universidad Santo Tomás, Biblioteca Colombiana de Filosofía No. 15, 1990, 382 p.

Desde diversos campos, surge la pregunta de si en verdad hemos accedido a la experiencia de la Modernidad o, por el contrario, continuamos ligados a las formas de mentalidad tradicional heredadas de la Colonia. Como un aporte a la reflexión sobre dicha inquietud, la profesora Houghton ha preparado este volumen, que recoge los textos más representativos del período de la Ilustración neogranadina a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, lapso en el cual nuestro país entró en contacto con las nuevas ideas.

La primera parte del libro, "Textos Ilustrados", se abre con la obra satírica de José Domingo Duquesne "Historia de un congreso filosófico tenido en (el) Parnaso por lo tocante al imperio de Aristóteles" (1791), donde a través de la figura de Paparrucho, "señor de las razones racionante y racionada", se ridiculiza el estilo pedante de los cultores de la filosofía escolástica, a cambio de la cual se propone la acogida de un pensamiento ecléctico que combine los mejores elementos de las nuevas corrientes. El segundo y tercer textos, "Elementos de la filosofía natural" (1764) y "Lección sobre el sistema copernicano" (1774) pertenecen a la pluma de José Celestino Mutis, quien ante las acusaciones de impiedad lanzadas desde los sectores afectos a las viejas ideas, se esfuerza por conciliar las ventajas de la investigación de la naturaleza según el método analítico-sintético de Newton, con el culto de la verdadera religión. Francisco Antonio Zea en sus "Avisos de hebephilo" (1791), cuestiona la instrucción 'peripatética' que se imparte en las escuelas de Santafé, mostrando cómo el abuso del latín, del silogismo y de las distinciones escolásticas, alejan a la juventud del cultivo de la ciencia y de los estudios útiles para la patria. En su texto inconcluso "Sobre la educación" (1791), Antonio Nariño destaca el papel de la educación en la conquista de la civilización por parte de las naciones. "Elogio de la filosofía" (1797), de autor anónimo, relievaa los logros del filosofar moderno en el conocimiento de la naturaleza, en la consolidación de la moral social y en la firmeza de la fe. Por su parte, Francisco José de Caldas en su informe "El influjo del clima sobre los seres organizados" (1808), expone las características de los pobladores de las diferentes regiones del virreinato, pero advierte que las condiciones

climatológicas no anulan la libertad humana. El “Discurso sobre la educación” (1808), del mismo autor, elabora un diagnóstico severo de la instrucción pública en la Nueva Granada y enumera varias reformas necesarias para elevar el nivel de la enseñanza.

A “Textos anti-ilustrados” está dedicada la segunda parte de la antología, compuesta por los escritos “El vasallo instruido” (1787) y “Las extravagancias del siglo ilustrado” (1796). El primero narra la forma como su autor, el presbítero Joaquín de Finestrada, llevó a cabo la misión encomendada por el arzobispo virrey Caballero y Góngora, consistente en adoctrinar a las provincias rebeladas durante el levantamiento comunero, acerca de la fidelidad a la fe católica y al gobierno español. A su turno, Nicolás Moya de Valenzuela denuncia en las “Extravagancias” los riesgos que se siguen para la sociedad de las ideas ilustradas, pues al haberse absolutizado a la razón se auspician la impiedad religiosa y la rebeldía política.

Los “Documentos sobre educación universitaria” que integran la tercera parte, comienzan con los memoriales enviados por Antonio Moreno y Escandón en 1768 y 1769 donde expone su proyecto de erigir una universalidad pública en Santafé. Al rechazo de dicha iniciativa se dirigen las representaciones de Fray Jacinto Antonio de Buenaventura (1769), en nombre de la comunidad dominica, y de los Padres Franciscanos (1772), en defensa de la exclusividad de la Universidad Tomística para conceder grados. Más adelante, se transcribe el “Método provisional de estudios para los colegios de Santafé de Bogotá” (1774) del ya mencionado Moreno y Escandón, quien demuestra allí interés por modernizar no sólo lo relativo al contenido de las cátedras sino también los métodos de enseñanza. Amplían la lista de estos documentos diversos textos redactados por los virreyes Manuel Guirior, Antonio Caballero y Góngora y Pedro Mendinueta entre 1776 y 1803, a través de los cuales se reprueba la calidad de la instrucción pública en la Nueva Granada y se proponen los remedios para corregir las fallas detectadas. Del mismo modo, Francisco José de Caldas (1805), Severo Cortés (pseudónimo, 1801) y Camilo Torres (1808) exponen sus criterios sobre la educación en el virreinato, llamando la atención sobre la necesidad de actualizar y hacer útiles los estudios que se imparten. El libro se cierra con una curiosa carta fechada en 1791, donde los colegiales de filosofía del Colegio Mayor de San Bartolomé ofrecen pagar de su propio pecunio un catedrático que los oriente en la filosofía y la ciencia modernas.

Ahora bien, más que detenernos en cada escrito por separado, esta antología nos permite reconstruir una imagen global del pensamiento

ilustrado en Colombia. Con esta perspectiva amplia, desterraremos la visión maniquea que ha afectado a algunos analistas de nuestra historia de las ideas, para quienes según el caso los promotores de las nuevas tesis aparecen como los buenos o los malos del asunto. En realidad, comprobaremos que se trató de un proceso complejo, no sólo a causa de los enfrentamientos entre ilustrados y anti-ilustrados, sino por las contradicciones internas en unos y otros. Paradójicamente, nos atreveríamos a sostener que en cierto modo los impugnadores de la filosofía moderna en sus ataques revelan poseer una conciencia más amplia del cambio que se estaba gestando, mientras los difusores de la Ilustración, fuera por cautela, por lealtad al orden establecido o por real inocencia, procuraron minimizar las implicaciones revolucionarias o por lo menos reformistas de las nuevas ideas.

Así, en su empeño por evitar la confrontación, los partidarios de la filosofía moderna se resuelven por el eclecticismo, en tanto que los sustentadores de la escolástica se percatan de que éste en su aparente neutralidad portaba los gérmenes de la detestada ilustración. Así, la implantación de la ciencia moderna se defendió más reportando la utilidad de sus aplicaciones para la economía del reino que demostrando su mayor grado de verdad en el conocimiento. Por su parte, los promotores de la creación de una universidad pública en Santafé pensaron que bastaba exponer la conveniencia general del proyecto, pero se vieron enredados en el debate alentado por las comunidades religiosas en guarda de sus fueros académicos. Y ya que mencionamos el tema religioso, resulta sintomático el empeño de los ilustrados por reafirmar su ortodoxia católica ante los cargos de impiedad esgrimidos desde la otra orilla. Pero donde la contradicción se hace más patente es en el terreno político, pues mientras los unos apoyaban la obediencia debida al régimen colonial en la preservación de la filosofía tomista, los otros aducían que el desarrollo del nuevo saber servía para incrementar el poder de la metrópoli.

El ejemplo más revelador de esta dialéctica interna de la Ilustración en Colombia se vive con Mutis, quien procuró durante toda su vida armonizar las nuevas ideas filosóficas y científicas con el viejo orden político y religioso. Poco a poco, sin embargo, el contacto con la ciencia moderna, la investigación sobre los recursos naturales neogranadinos y la búsqueda de alternativas en la educación orientaron a los ilustrados criollos hacia formas más secularizadas de mentalidad y, más allá, a contemplar la meta de alcanzar la independencia política de España. Se confirma así que sólo en último término los exponentes de la Ilustración asumieron las consecuencias políticas de la nueva filosofía.

Leonardo Tovar